

El escritor y la actualidad

7

La humanidad, como actora en el teatro del presente, tiene un parlamento difícil, y además, no se le permite un apuntador porque jamás antes se ha vivido una experiencia semejante. Las disposiciones de escenario y la tramoya encierran situaciones positivas en el sentido de que sus alcances sociales se han hecho irrefrenables, pero también situaciones peligrosas porque la actualidad depara la disyuntiva de desorganizar núcleos fundamentales como familia, fronteras, religiones, etc.

El desarrollo económico, los intereses de empresas, la multiplicación de medios antaño insospechados son los elementos causantes. De tal modo que el escritor debe adecuar, como labor de su tiempo, pensamiento e ideas a este factor de aceleración que parecen ser el avance técnico, económico y social. Esta la tarea agobiante. Esta la obra impropia del intelectual que no se apreciará solamente en sus efectos sino, sobre todo, en su preparación, en su capacidad de aprendizaje, en sus medios para obtener nuevos conocimientos; propiedades éstas del escritor que están exigidas la máximo para adquirir un desarrollo acorde. Sus conocimientos de cultura nunca serán suficientes; sus ideas estarán en permanente renovación pues debe alertar su conciencia a los sucesos que ocurren en cientos de países y en áreas del conocimiento cada vez más amplias, ocupándose de una variedad, siempre en explosión, de teorías, intereses y experiencias que le dan a su tarea una variedad y complejidad al servicio del receptor directo de su obra que es el pueblo, si quiere que sus temas espirituales repercutan en éste para orientarlo o influirlo en alguno de los órdenes de la vida.

El avance de la ciencia hace que el derrotero espiritual y el desenvolvimiento social del pueblo queden rezagados en relación a la suficiencia técnica y económica; y en cuanto a conocimiento e información se refiere, creando un desfase que se traduce en tensiones sociales, vértigo político y una abandono generalizado de la cultura.

Esta confusión debe originar desasosiego en el intelectual pues su capacidad se minimiza ante poderes invisibles que empujan en los campos financiero, físico o político, y que, no obstante, tiene que seguir en su labor diaria cumpliendo un destino incomprensible.

Inmersos muy frecuentemente en la rutina, en la impersonalidad temporal y en las obligaciones cotidianas, los escritores tienen que limitarse tanto en sus áreas de influencia como en su propia disposición hacia las necesidades, y replegarse a esferas mucho más particulares, creando de esta manera las especialidades de los autores para obtener conocimientos en una determinada disciplina y conseguir así formas de rendimiento más provechosas para sus lectores.

El fundamento de esta problemática, en lo nacional y lo universal, es la sensación de enmarañamiento de un medio social que progresivamente se vuelve más complejo, extenso e inestable. El resultado es la incidencia de un disimulado efecto psíquico y espiritual de pesimismo. Pocas creaciones actuales no trasuntan ese sentimiento negativo o pesimista de la vida. Algunos autores tienen la franqueza de generalizar su propio temor existencial. Raros, nos convencen de la fuerza exuberante que tiene el acontecer vital para dinamizar la sociedad con optimismo. Entre estos dos extremos está el espectro de las voluntades desempañándose de acuerdo con el intelecto y la constitución somática que posee cada escritor. Coadyuva la iniciativa individual, la manifestación del pensamiento y la responsabilidad. La tarea de los escritores es decidir, libres de presiones de cualquier tipo, por sus temas de preferencia, los proyectos que quieren acometer, la configuración y orientación que desean imprimir a sus escritos.

Su comunidad circundante les exigirá su disposición participante y el empeño decidido de su responsabilidad para con el prójimo, obligándoles a crear esquemas de trabajo con el fin de sembrar cultura y, en una forma de identificación con su medio, convertirse en los traductores de las necesidades de su gente o, en el mejor de los casos, en los profetas de los anhelos.

En esta vocación de servicio, el autor debe usufructuar del pasado como una inversión para el futuro. El autor nacional procurará idear también algo nuevo pues los tiempos en que vivimos son de evolución explosiva y descontrolada.

Las características de un medio que expone dificultades, la pérdida de autonomía por acción de las erosiones sociales actuales sobre modelos de comportamiento del pasado, colocan al escritor entre la cruz y la espada, entre el mantener sus ideas y actividades conservadoramente, y la dinámica de aprehenderse de un medio en eclosión considerando que su lógica personal tiene que hacerse pluridireccional, espolcada y, después, mantenida su carrera por una variedad grande de impulsos racionales y sociales, ganando, en la pista circunferencial de su desplazamiento, mayores y múltiples experiencias en cada punto de la periferie. En consecuencia, no podrá adjudicarse el papel de pensamiento central e inmovible sino abrir su tan regalada "torre de cristal" y salir al encuentro de una sociedad que quiere ser razonable si encuentra conductores.

La conquista del futuro puede lograrse convenientemente por una cooperación intelectual, en la que una gran mayoría de personas debe intervenir para tomar sus decisiones prometedoras. En la conducción de esta sociedad es cuando debe intervenir abiertamente el escritor. Dependerá este su accionar de

la vehemencia de su participación quizás no como una voz que anuncia, que reclama o que enseña, tal vez sí en una función de ensamble con otros escritores para aumentar sus posibilidades objetivas, en una unión de autores de distintas dimensiones cualitativas y movilizadas en campos diferentes. Como en las verdaderas democracias donde, en un franco debate, se delibera con otros, para discutir responsablemente y decidir con lógica. Igualmente, la voz del escritor no debería dejarse sentir en forma aislada, sino después de que se hayan conocido sus orientaciones, justipreciado sus aseveraciones, y, finalmente, logrado efectuar una conjunción amplia con trabajos de autores similares y competentes. De tal manera que se publicaría una especie de comunicación en corporación; con lo que existiría la posibilidad de ambiciosas realizaciones pues se conseguiría reunir en un texto completo las experiencias prácticas para la humanidad.

En los tiempos actuales ya no se pueden editar tratados exhaustivos sobre un determinado tema, por un solo autor, aunque goce de las mejores condiciones para ello. El crecimiento ilimitado de las fuentes bibliográficas, la dilatación de opiniones en base a criterios yuxtapuestos, los núcleos bibliotecarios cada vez más diametralmente repartidos en el orbe, etc., producen esta superlativa obligación del escritor.

La preparación de una verdadera obra de estudio se estructuraría descentralizadamente, funcionando con muchos sectores repartidos por el autor, y elegidos por él mismo en la cimentación de una coparticipación de ideales y de propósitos positivos. Utilizaría las aportaciones de los integrantes que hubieran agotado las posibilidades de investigación de aquella su zona de actividad. Porsupuesto que se requiere inicialmente un bosquejo general que nazca de la intuición o genio creador del autor. Una planificación sistemática con especificación de las metas y aspiraciones facilitará la labor, a la que se quiere entregar la capacidad y potencial creadores.

O sea que así el lapso vital creador del autor tiene que alargarse, sus esfuerzos físicos disminuyen proporcionalmente, los resultados se privilegian porque son fruto de una concatenación de ensayos especializados. Es un trabajo distribuido, un esfuerzo colectivo. Sin embargo, la esencia de la obra debe radicar en la individualidad de su inspirador, y ejecutada por intervención de un quehacer manifestamente personal de los otros miembros que han cumplido tareas definidas. En la elaboración de la obra se conseguirá la armonización del producto literario, porque la tarea reconocerá: 1) un ordenamiento básico, 2) un aporte ilimitado de datos, 3) discusiones sobre la presentación y la conjunta interpretativa, 4) el acuerdo sobre estos motivos, y 5) el consenso final, aceptado como desideratum por el autor principal.

De esa manera se da una participación activa a un mayor número de intelectuales que, por distintos y obvios motivos, soslayan sus aportaciones valiosas a la cultura. Se gana asimismo el interés de otras personas que quizás no hayan tenido la oportunidad de intervenir en las letras de un modo responsable, manifestar su pensamiento, dar su aporte técnico o especializado en otras ramas científicas religiosas o artísticas, y someter a la crítica su propia competencia de raciocinio.

Existiría, como variante, la posibilidad de que este grupo ingrese en discusión, ofreciendo su participación activa mediante el coloquio, y dejando la exclusividad de elemento redactante al escritor de oficio. Esto ocasionaría que un mayor número de disertantes o de escritores adquieran el arte de intercambio de ideas en la deliberación, ampliando las fronteras vivenciales de sus relaciones y adoptando una modalidad absorbente de estímulos ideatorios o creativos, actuando responsablemente frente a su pueblo.

Un análisis apresurado de la presente proposición llevaría a calificarla como exigencia extraordinaria para un autor. Sin embargo, la aptitud de la mayoría de nuestros escritores se vería favorecida por este sistema comunitario al proporcionarle el material, que quita tiempo al buscarlo en archivos y bibliotecas, y la clasificación y comparación de fichas de investigación; y conseguiría el ordenamiento metódico de los datos acopiados y de los planteamientos de otros facultativos.

Éxito notable se conseguiría si llegara a constituirse una asociación de autores, por igual capaces, con superior entusiasmo para la obra y que sean la derivación directa de su medio y sus facultades. Una unión de este tipo franquearía las supuestas barreras de las disposiciones mentales y lograría abolir el aparente encuencamiento cultural, produciendo obras de enseñanza excepcional para las generaciones venideras.

ALFONSO GAMARRA DURANA. 1931;
miembro de la UNPE-Oruro.